Alba Castellví Miquel
Ilustraciones de Albert Arrayás

Una cesta de cerezas

Siete cuentos para crecer

De la autora del aclamado libro *Educar sin gritar*

timunmas

Para Nahil.
Alba Castellví Miquel

Para mi hermana Maria, una supermami y mejor persona.
Albert Arrayás

Editado por Editorial Planeta, S. A., 2017

© del texto: Alba Castellví Miquel, 2017
© de las ilustraciones: Albert Arrayás, 2017
© Editorial Planeta, S.A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2017
ISBN: 978-84-08-17737-1
Depósito legal: B. 16.857-2017
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Alba Castellví Miquel
Ilustraciones de Albert Arrayá

Una cesta de cerezas

Siete cuentos para crecer

timunmas

Cocodrilo

Daniel a veces parece un cocodrilo.

Un día estaba con su madre en el súper. Mientras ella buscaba aceitunas en bote y paquetes de macarrones, Daniel vio en un estante unas cajas de galletas con forma de cohete.

—Mamá, quiero esas galletas —dijo Daniel.

Su madre les echó una ojeada, miró a Daniel y respondió:

—No nos convienen.

Al niño las palabras de su madre le sentaron como un jarro de agua fría. Así que insistió:

—Y ¿por qué no?

Ella dijo:

—Porque son caras y poco saludables.

Entonces Daniel sintió como si una cola de cocodrilo se desperezase dentro de él. Y, sin pensárselo dos veces, se puso a gritar desesperado:

—¡Pues yo quiero esas galleeeeeetas!

¡Y lo repitió una y otra vez!

Su madre no tenía ninguna intención de comprárselas, pero Daniel se comportaba como un auténtico cocodrilo: tumbado en el suelo, no dejaba de exigir las galletas, y lo hacía muy pero que muy enrabietado. Tanto, que los que pasaban por su lado se lo quedaban mirando, como si estuvieran delante de un animal salvaje y furioso. Su madre estaba tan avergonzada que acabó comprando el paquete de galletas.

Esa noche, a su madre le costó mucho dormirse.

Al día siguiente fueron a la panadería. El escaparate estaba repleto de panecillos, ensaimadas y... ¡hummm!... ¡cañas de chocolate! Daniel se pirraba por las cañas de chocolate, y solo con verlas sintió un deseo imparable de devorar una, así que dijo:

—Mamá, quiero una caña de chocolate.

Su madre le respondió:

—Llevo en la bolsa el bocata que te preparé para merendar. Si tienes hambre, comételo.

Daniel sintió, de nuevo, los coletazos del cocodrilo en su interior. Se tiró al suelo exigiendo la caña con todas sus fuerzas. Su madre estaba firmemente decidida a no comprársela porque, si lo hacía, el bocadillo se echaría a perder. Así que se quedó esperando mientras Daniel berreaba de lo lindo. Entonces, una señora que llevaba un sombrero compró la caña de chocolate y se la dio, diciéndole:

—Pobrecito, quieres la caña de chocolate, ¿a que sí? Toma, cielo, no llores.

La madre de Daniel se quedó sin palabras. Pensó que la mujer estaba harta de oír berrear a su hijo y tenía ganas de que se callara de una vez.

Daniel dio las gracias a la mujer y se zampó la caña de chocolate, más contento que unas castañuelas.

Pero a su madre no le gustó nada lo que había pasado.

Al día siguiente, Daniel y su madre fueron a la frutería. El chico vio unas cerezas que seguro que estaban riquísimas y dijo:

—Mami, quiero cerezas.

Su madre respondió:

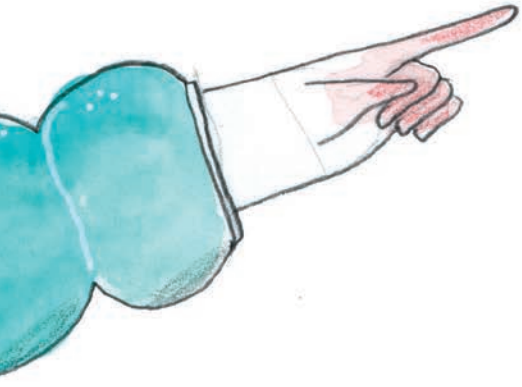
—Hoy no. No es época de cerezas. Vienen de muy lejos y son demasiado caras.

¿Qué dirías que hizo Daniel? Lo adivinas, ¿verdad?

Pues se tiró al suelo y... se convirtió en lo más parecido a un cocodrilo pataleando en un barrizal. Chillaba, le tiraba del pantalón a su madre... Hasta que la frutera cogió un puñado de cerezas e hizo ademán de ponérselas en la mano, diciéndole:

—Toma, coraz...

Pero la madre de Daniel no la dejó terminar.



—No y no —dijo—. Daniel no debe comer cerezas. Ya le he explicado por qué: no es temporada y son demasiado caras. Además, con rabietas no se consiguen las cosas.

Daniel sintió que el cocodrilo tomaba más y más fuerza en su interior. Era como si el animal se hubiera encolerizado. Lloraba a moco tendido y pataleaba desesperadamente.

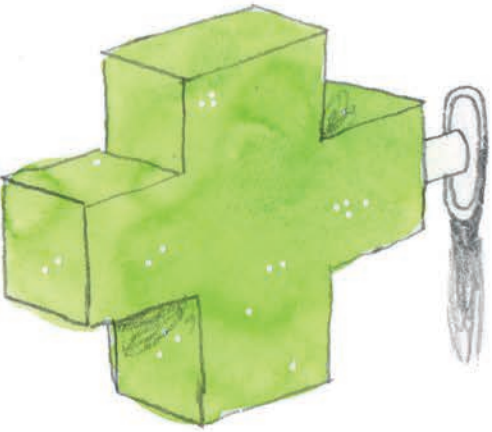
Su madre pagó y dijo:

—Vamos, Daniel. —Parecía muy tranquila.

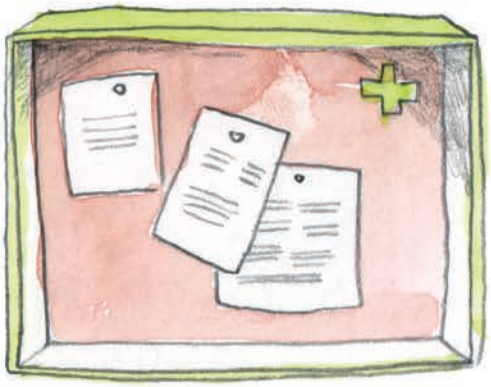
Ya en la calle, le explicó:

—Cariño, ahora vamos a la farmacia. Tú vas a quedarte fuera porque, cuando te apetece algo que no vamos a comprar, te portas fatal.

Daniel no tuvo más remedio que esperar sentado en el bordillo de la acera. Pasó un perro y lo husmeó. Eso, a Daniel, no le gustó nada. Después y durante mucho tiempo, no pasó nadie más. Tener que esperar allí, en plena calle, era aburridíííííísimo.



FARMACIA



Al fin, su madre salió y se fueron a casa. Nada mas llegar se sentaron a merendar juntos. Daniel tenía muy mala cara.

—¿Qué te pasa, Daniel? —preguntó su madre.

—Quería entrar contigo a la farmacia y me dejaste solo fuera. No me gustó nada quedarme ahí.

—Vaya —dijo la madre—. Eso es culpa del cocodrilo. En los sitios donde hay gente debemos respetar a los demás. Cuando tu cocodrilo se despierta dentro de ti, molesta. Y no tenemos ningún derecho a molestar a nadie. Por lo tanto, hasta que no seas capaz de controlar a tu cocodrilo, no podrás entrar en las tiendas. Mañana te quedarás en casa, a ver si consigues calmar a ese animal furioso, y el próximo día podremos salir de compras tú y yo tan ricamente.

Al día siguiente, su madre se fue a hacer la compra y Daniel se quedó en casa. ¡Qué fastidio!

Cuando su madre regresó, él le dijo:

—¡No quiero quedarme nunca más en casa! Pero ¡es que no soy capaz de mantener quietecito al cocodrilo!

La madre de Daniel sacó de la bolsa un pequeño paquete envuelto en papel y se lo acercó. Lo animó a desenvolverlo. Era una libreta con dibujos de cerezas. Su madre le dijo:

—He tenido una idea. Cuando veas algo que te apetece muy mucho, me lo dices y lo apuntamos en la libreta de las cerezas. Así, cuando llegue el momento de regalarte algo o de darte un premio, sabré lo que te gusta y ¡seguro que acierto!

Todo eso pasó hace ya algún tiempo. Ahora la libreta ya tiene anotados un paquete de chicles, un cochecito rojo, una caja de rotuladores, dos cañas de chocolate y un batido de cacao.

Ayer, Daniel y su madre estaban en el súper. Una niña más pequeña pidió a su padre que le comprara un paquete de chicles. El hombre le respondió que no pensaba gastarse el dinero en chicles, pero ella, en vez de prestar atención, abrió la boca como un cocodrilo voraz y pareció que empezaba a... En ese preciso instante, Daniel le acercó su libreta:

—¡Toma, apunta!

—¿Cómo?—preguntó sorprendida la niña.

—Aquí, ¿ves?, apunta que quieres un paquete de chicles. ¡Arrancaremos la hoja y se la daremos a tu papá, para que se acuerde cuando quiera comprarte algo especial!

Así de sopetón, la niña no lo pillaba, pero Daniel y su madre la ayudaron a entender lo que le estaban diciendo, y entonces... ¡la niña pidió a su padre que le comprase una libreta!

Y, ¿sabes una cosa? ¡Su padre se la compró de inmediato, eso sí!